

Inés Sotelo (comp)

**Lo femenino en debate.
El Psicoanálisis conversa
con los feminismos**

PSICOANÁLISIS
grama
EDICIONES



Lo femenino en debate

Lo femenino en debate

El psicoanálisis conversa con los feminismos

Ines Sotelo
(compiladora)

Gloria Aksman | Patricio Álvarez Bayón | Carolina
Barrionuevo

Gabriela Camaly | Silvina Ceballos | Vilma Coccoz | Diego
Coppo

Agostina De Luca | Osvaldo Delgado | Vanesa Patricia Fazio
Daniela Fernández | Romina Gamaldi | Gabriel Ghenadenik
Ana Cecilia González | Irene Greiser | Paula Husni | Alejandra
Koreck

Cristina Lospennato | Sandra Marcos González | Miguel
Marini

Valeria Laura Mazzia | Antonella Silvana Miari | Lucía Moavro
Romina Moschella | Mónica Mufarrege | Alma Pérez Abella
Gabriela Perrotta | Mariana Raimondi | Quimey Ramos
Lorena Reisis | Paula Rodríguez Acquarone | Gabriela
Rodríguez

Tomasa San Miguel | Larisa Santimaría | Ernesto Sinatra
Juan Sist | Gustavo Sobel | Inés Sotelo | Silvia Elena Tendlarz
Inés Tomé | Gabriela Triveño Gutierrez
| Graciela Tustanoski | Laura Valcarce

Índice de contenido

Portadilla

Legales

El psicoanálisis conversa con los feminismos en la Universidad, *Inés Sotelo*

Hacia un posible diálogo entre el psicoanálisis y el feminismo, *Vilma Coccoz*

Freud, Lacan y lo femenino

Mujeres que marchan, *Inés Sotelo*

Freud, Lacan y lo femenino, *Osvaldo Delgado*

El falo y más allá: el devenir mujer, *Gloria Aksman*

Postulados freudianos sobre lo femenino, *Larisa Santimaría*

Sexuación y dualidad, *Lucía Moavro*

Lo femenino: del fracaso a la condición de la operación del padre, *Juan Sebastián Sist*

Lo femenino desde la perspectiva del litoral, *Adriana Soto*

El goce es queer

La elección inconsciente del género, *Patricio Álvarez Bayón*

Lo queer no te quita lo racista, *Ana Cecilia González*

Elección de goce y construcción del género, *Gabriela Triveño Gutiérrez*

Versiones del amor

La sexualidad en tiempos de feminismos, *Gabriela Camaly*

Una carta de amor, *Paula Rodríguez Acquarone*

Eros precioso, *Gabriela Rodríguez*

Lo femenino lacaniano no es asunto de género, *Alma Pérez Abella*

La mascarada femenina, *De Joan Rivière a Jacques Lacan. Agostina De Luca*

Versiones del amor... al inicio y al final de la enseñanza de Lacan, *Laura Valcarce*

Mujeres en urgencia. La violencia

Mujeres en urgencia, *Gustavo Sobel*

Crímenes de mujeres, *Silvia Elena Tendlarz*

Lo femenino, lo éxtimo, lo rechazado, *Graciela Tustanoski*

Aportes de la orientación psicoanalítica a los dispositivos socio-asistenciales para hombres que han ejercido violencia contra la mujer, *Cristina Lospennato*

¡Cuidado! Sólo soy un tipo celoso. Sobre los celos, el amor y la violencia en la pareja, *Vanesa Patricia Fazio y Antonella Silvana Miari*

Entre lo Uno y lo múltiple, *Inés Tomé*

Lo femenino, urgencia familiar, *Romina Gamaldi*

La sexualidad no se hace la rata

La dignidad de lo único, *Paula Husni*

Las denuncias de adolescentes entre pares (“escraches”) y una intervención psicoanalítica: El caso del Colegio “Carlos Pellegrini” (UBA), *Diego Coppo*

Psicoanálisis, feminismos e identidad de género, *Gabriel Ghenadenik*

Crónica de intervención de Quimey Sol Ramos

Intervención de Quimey Ramos. Educación Sexual Integral

De escraches, escrachos y escrachados. Encuentros y desencuentros en la pubertad, *Mariana Raimondi*

En el despertar de la primavera: la violencia, *Inés Sotelo*

Lo materno y lo imposible de legislar

Lo materno y lo imposible de legislar, *Miguel Marini*

La madre incierta, *Irene Greiser*

Angustia y maternidad, *Valeria Laura Mazzia*

La legalidad del aborto y su relación con el inconsciente, *Gabriela Perrotta*

Interrupción voluntaria del embarazo, *Sandra Marcos González*

Psicoanálisis y Partería: subjetividades emergentes en la Sala de Partos, *Romina Moschella*

Arte y feminidad

La bicicleta verde como movimiento, *Mónica Mufarrege*

Una experiencia de película. Arte y psicoanálisis, *Lorena Reisis & Carolina Barrionuevo*

Feminismos y arte. Ecos de una marea, *Alejandra Koreck*

Frankenstein: ¿Un tratado feminista sobre la segregación?, *Silvina Ceballos*

Momento de concluir

La lucha lacaniana contra la misoginia, *Daniela Fernández*

El psicoanálisis, conversa: un saber alegre, *Tomasa San Miguel*

La implosión del género, *Ernesto Sinatra*

Lo femenino en debate : el psicoanálisis conversa con los feminismos / Inés Sotelo...
[et al.] ; compilado por Inés Sotelo. - 1a ed. - Olivos : Grama Ediciones, 2020.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-8372-46-4

1. Psicoanálisis. I. Sotelo, Inés, comp.
CDD 150.195

© Grama ediciones, 2020
Manuel Ugarte 2548 4° B (1428) CABA
Tel.: 4781-5034 • grama@gramaediciones.com.ar
<http://www.gramaediciones.com.ar>

© Inés Sotelo, 2020

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-8372-46-4

El psicoanálisis conversa con los feminismos en la Universidad

Inés Sotelo

Estas páginas transcriben el trabajo elaborado y transmitido en las jornadas en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires el 7 y 8 de junio de 2019: “Lo femenino en debate. El psicoanálisis conversa con los feminismos”.

Las mismas se inspiraron en 2018 en medio de diversas conmociones que atravesaron la universidad, las calles, los hospitales, las instituciones educativas y analíticas.

Decidimos hacer nuestro el desafío que nos propone Éric Laurent a los psicoanalistas: sostener la interlocución con la civilización, nuestro *partenaire* y ese fin de año invitamos a Vilma Cocoz a presentar su libro *Freud. Un despertar de la humanidad*, en una extraordinaria noche en la facultad.

Así comenzaron las jornadas, con mi ponencia de apertura:

Los síntomas actuales, las diversas sexualidades, las nuevas constelaciones familiares, la intervención de la ciencia en los asuntos privados, las redes, las pantallas, los consumos, *youtubers* devenidos líderes, las infancias y el empuje a definirse, violencias y femicidios, están encarnados por sujetos que no esperan al psicoanalista para gozar (cada quien a su modo), pero lo encontrarán, en el mejor de los casos, para alojarlos cuando lo que no anda devenga pregunta.

Nuestra sociedad, nuestras calles, gritan por *ni una menos*, por el debate sobre la ley del aborto y por el lugar de las mujeres en los trabajos, sin embargo, como sostiene Miller, el goce es rebelde a toda universalización, tal como lo *queer*, subraya.

Los analistas, interpelados en nuestro *no tener todas las respuestas*, inventamos espacios para pensar las presentaciones clínicas actuales, diseñar nuevos dispositivos y abordar el trabajo entre muchos, a la vez que entendemos, con Lacan que es crucial no teorizar la sexualidad en términos de género, sino en términos de goce, siempre singular, siempre uno por uno.

Los estudiantes en nuestras materias salen de las aulas y, como en una banda de Moebius, llegan a los hospitales, escuchan el sufrimiento humano, localizan los alcances y los límites de la institución, reconocen los cuatro discursos y vuelven a las aulas tomando la palabra.

Me gustan los estudiantes...

Así, la universidad se transforma en un espacio de discusión, de transmisión provocadora donde los jóvenes, como decía Charly García, tienen muchas respuestas para dar, mucho por decir y los psicoanalistas de la orientación lacaniana tenemos mucho por interrogar, formalizar y transmitir.

Nos acompañarán invitados destacados, elegidos porque de un modo u otro nos han provocado con su elaboración sobre alguno de los temas plateados, que son muchos y que, por supuesto, elegimos algunos, no todos, para las mesas principales:

- Freud, Lacan y lo femenino.
- El goce es *queer*.
- Versiones del amor.
- Mujeres en urgencia: la violencia en el rechazo de lo femenino.

- La sexualidad no se hace la rata, interrogando qué pasa en las escuelas: ¿cómo alojan la singularidad y las elecciones sexuales en los jóvenes?
- Lo materno y lo imposible de legislar.

Tendremos acontecimientos especiales: la extraordinaria presencia de Diana Wolodarsky y de Fabián Naparstek para la presentación del libro *Psicoanálisis orientación lacaniana: recorrido del goce en la enseñanza de Jacques Lacan*, que con Lucas Leserre he compilado.

La presentación de la *Revista Lacaniana Número 26*, de la mano de su directora Débora Rabinovich y de Flory Kruger, Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Los 10 años de la Cátedra Psicopatología de la Carrera de Musicoterapia de la Universidad de Buenos Aires, que merece nuestra alegría y celebración a toda música con *Ciclotímica*, banda de excelentes artistas tal como son Lola Torres y Martina Vior que, además, son alumnas de la materia.

También, una muestra extraordinaria de diversas expresiones artísticas, imperdibles.

Mesas libres con muchísimos trabajos de excelente nivel abordados desde diversos paradigmas.

El cierre, como momento de concluir, será la sorpresa que nos espera al final con “lo que pasó” de las jornadas.

Y en el momento de los agradecimientos, en primer lugar, al decano de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Jorge Biglieri, quien alienta, promueve y posibilita que las cátedras diseñemos nuestras jornadas, diversas, en las que, desde distintos paradigmas, se abren espacios de debate e interlocución.

A Pablo Muñoz, Secretario de Extensión Universitaria, quien a través de Viviana Loponte y todo el equipo

posibilitan estas jornadas desde un trabajo inmenso.

Esta vez, el tema de las jornadas ha sido tan difícil y convocante que nos condujo a un trabajo de un año de lectura, discusión y debate que excedió en mucho la organización formal típica de las jornadas. Los docentes de las tres cátedras (“Práctica Profesional: Clínica de la urgencia”, “Psicoanálisis orientación lacaniana: clínica y escritura” de la Facultad de Psicología y “Psicopatología” de la Carrera de Musicoterapia de la Universidad de Buenos Aires) en reuniones conjuntas, hemos hecho propuestas, estudiado, debatido, con coincidencias y diferencias que, en lugar de segregar, fueron incluyendo a cada uno en un lugar propio, aunque no por eso cómodo.

Mi reconocimiento y homenaje a cada uno de los docentes por el nivel de entrega, compromiso, creatividad y trabajo que han sido colosales, tal como lo verificarán a cada paso.

A cada uno de los que presentaron fantásticos textos, que escucharemos en las mesas libres y extraordinarias expresiones artísticas, que estarán expuestas para conmovernos.

Con emoción, alegría y, por supuesto, cierta inquietud, abrimos nuestras jornadas augurando un intenso trabajo para disfrutar.

Bibliografía

Coccoz, V., *Freud, un despertar de la humanidad*, Gredos, Barcelona, 2017.

Sotelo, I. & Leserre, L. (Comps)., *Psicoanálisis orientación lacaniana: recorrido del goce en la enseñanza de Jacques Lacan*, JCE, Buenos Aires, 2018.

Lacaniana N° 26, *El factor infantil*, EOL - Grama, Buenos Aires, 2019.

Hacia un posible diálogo entre el psicoanálisis y el feminismo

Vilma Coccoz

¿Revolución feminista?

A fin de esclarecer la dimensión actual del movimiento feminista que muchos califican de “revolución” no está de más retrotraerse a los tiempos de la Revolución Francesa, época en que las mujeres combatieron a la par que los hombres llegando a participar en las discusiones de los clubes mixtos -*Sociedad fraterna de patriotas de ambos sexos*-, incluso a crear algunos espacios públicos específicamente femeninos. Muy pronto éstos fueron cerrados (en 1793) fustigados por sus homólogos masculinos. Pese a reconocerlas como inspiradoras y musas, las mujeres fueron “invitadas” a actuar y a vivir un patriotismo por procuración, siéndoles arrebatado el papel activo en favor de un heroísmo del sacrificio.

Pero la semilla brotaría con fuerza en posteriores gestas revolucionarias, si tomamos en consideración los desarrollos de Jean-Claude Milner cuando explica que el acontecimiento de discurso que tuvo lugar a finales del siglo XVIII en Francia puso en escena una nueva condición del sujeto -el sujeto revolucionario-, cuyo influjo se verificaría posteriormente con la divulgación de una nueva creencia diseminándose por el planeta.

De la misma manera que un cuadro condiciona nuestra percepción, la creencia en la Revolución ha funcionado

como un dispositivo discursivo organizando las representaciones y aspiraciones de las personas, y así como las líneas de fuga se entrecruzan en un punto, a la vez distante y constantemente presente, el Ideal de la Revolución se capta como el punto único y unificador de los movimientos de masas durante los dos siglos que siguieron a la toma de la Bastilla.

Sin embargo, se constata que “De todos los discursos que movilizan hoy la resistencia social en las sociedades industriales –ecología, decrecimiento, libertad de elección– la mayoría colocan espontáneamente la revolución a un lado. Su nombre, antaño un significante amo, no despierta ningún eco”.

Con excepción de ciertas autoras feministas que gustan calificar el movimiento en tales términos –un hecho que merecería de por sí un análisis específico– el siglo XXI parece haberse acostumbrado a una banalización tal que la palabra se ha vaciado de significado, según observa Milner.

Vale la pena recordar que el impulsor de los movimientos revolucionarios que agitaron el siglo XX, en su célebre *Manifiesto Comunista* dejó consignado el reproche formulado a los impulsores de la lucha de clases: “¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis instaurar la comunidad de las mujeres! Nos grita a coro la burguesía. (Y ello debido a que) El burgués solo ve en su mujer un mero instrumento de producción”.

Para Marx estaba claro que en el combate libertario hombres y mujeres debían unir sus fuerzas a fin de alcanzar los pretendidos cambios de la sociedad en los distintos órdenes, desde la economía a la cultura, incidiendo por tanto en las relaciones familiares y entre los sexos. “Todo el que sepa algo de historia sabe que las grandes transformaciones sociales son imposibles sin el fermento femenino. El progreso social se mide exactamente por la posición social del bello sexo”. En la reciente edición crítica de sus escritos se enmarca esta carta bajo el interrogante

“*¿Machismo?*” seguramente por adjudicar un sentido reprobable –según ciertos prejuicios actuales– al calificativo de “bello” refiriéndose a la mujer.

Esta consideración respecto al enunciado de Marx desvirtúa la enormidad de su planteamiento sometiendo a un juicio de valores actual una forma elegante de proponer y conservar una diferencia entre los sexos al atribuir al femenino la aportación de un singular “fermento”. Desde ciertos postulados feministas contemporáneos esta apreciación se juzga inadmisibles, y entienden que tal adjetivo impone una valoración negativa de la mujer reduciéndola a ser un mero objeto de la mirada masculina.

Otro tanto sucede con algunos planteamientos respecto al discurso de Freud, a quien se ha llegado a acusar de sexista subrayando ciertos enunciados sacados de contexto y eximiéndose entonces sus portavoces de llevar a cabo una lectura de esta obra esencial.

En ambos casos vale la pena retomar la propuesta de la feminista “incómoda” Camille Paglia cuando afirma haberse percatado, ya en el año 1969, de los dos elementos relevantes que el feminismo había excluido y que debían integrarse para evitar la errancia del movimiento. Años más tarde, al constatar que una generación perdida de mujeres finalizaba los programas de estudios universitarios de género, formulaba así su propósito: “obtener un trabajo intelectual del máximo nivel a fin de subsanar las “dos deficiencias del discurso feminista”: en primer lugar, la exclusión de la estética, derivada de la dificultad para tratar con la belleza y el arte. “La belleza es un valor humano eterno, no un truco inventado por un corrillo de publicistas siniestros...”.

La razonable rebelión ante el nocivo atractivo de los prototipos de belleza que sustenta entre otros el negocio de la cirugía plástica, así como su influencia en síntomas clínicos como la anorexia, no debería asentarse en la cantinela de la denuncia a los medios publicitarios ni en la

peligrosa promoción de la ignorancia que conlleva el desprecio por el trabajo de los artistas quienes, a través de la historia, han alimentado con sus obras la imaginación y el disfrute de los seres humanos.

La segunda deficiencia del feminismo, sostiene Paglia, se deriva del intento de construir una teoría del sexo sin Freud, “[...] uno de los más grandes maestros de la historia, uno de los grandes analistas de la personalidad humana”. La ácida disquisición de Paglia respecto a la lectura de Lacan promovida en ciertas universidades americanas que, prescindiendo del estudio de Freud y promoviendo el uso de un código tan cerrado como aburrido, le llevan a calificar la situación de “dramática y ridícula” propugnando la necesidad de una reforma intensiva a varios niveles.

Por nuestra parte agregamos de buena gana una tercera deficiencia, y es la ausencia de un análisis crítico desde la perspectiva del estado de los discursos en determinados giros de la historia, teniendo en cuenta que la subjetividad de una época, el *Zeitgeist*, o “espíritu del tiempo” oficia de límite y restricción al pensamiento; por lo tanto, aunque puedan darse “desajustes, anticipaciones, supervivencias”, debemos tenerlo en cuenta a la hora de formular juicios sobre un determinado período.

En lo esencial “el espíritu del tiempo” designa una coherencia de conjunto donde se verifica una dimensión transindividual acentuada por Lacan al declarar que “el inconsciente es la política.” Interrogado sobre esta aseveración lacaniana Jacques-Alain Miller afirma que el inconsciente no es una realidad substancial que estaría oculta en el psiquismo individual sino que el sujeto del inconsciente está estructuralmente coordinado al discurso del Otro, un aspecto que Freud destaca en su texto “Psicología de las masas y análisis del yo”, prescindiendo en el análisis de las formaciones colectivas, de la discriminación entre psicología individual y social como lo indica el mismo título de esa obra.

El acontecimiento Freud

De esta manera nombra Lacan el impacto producido por la irrupción de Freud en la clínica de las enfermedades del alma y la influencia decisiva que alcanzó su descubrimiento en el campo de la cultura y que él había calificado de “revolución” comparándolo con los hallazgos realizados por Copérnico y Darwin, si bien Lacan precisa la especificidad de este acontecimiento comparándolo con Kepler y tomando distancia del término revolución “que consiste [sólo] en un cambio de centro”. Lo fundamental es la consideración de una ruptura, un antes y un después en la concepción del ser humano.

En el *Seminario 7* Lacan destaca que la originalidad de la conversión freudiana radica en haber develado la relación del hombre con el logos teniendo como consecuencia “... un cambio de perspectiva sobre el amor, colocándolo en el centro de la experiencia ética”.

En ese marco retoma la pregunta que se formulara Freud “después de treinta años de experiencia y reflexión” *Was will das Weib?*, ¿Qué quiere la mujer?, y más precisamente – ¿Qué es lo que ella desea?– para llegar a decir que el análisis, y precisamente “el pensamiento de Freud, está ligado a una época que había articulado esta pregunta con una insistencia muy especial” y que Lacan denomina “el contexto ibseniano de fines del siglo XIX”, no sin dejar constancia de su desconcierto ante el extraño hecho de que “la experiencia analítica –posterior a Freud– haya más bien ahogado, amortiguado, eludido las zonas del problema de la sexualidad vista desde la perspectiva de la demanda femenina”.

Es posible situar las tempranas huellas de la disposición de Freud a escuchar dicha demanda frente a los médicos que acusaban a las pacientes histéricas de mentirosas porque sus síntomas no se correspondían con una alteración

orgánica o neurológica. Así orientó su pesquisa hacia la causalidad singular de estas afecciones, como lo demuestra la confección de sus “Estudios sobre la histeria”, donde cada caso es presentado con un nombre propio. Con cada una de ellas conquistará una parcela de la experiencia de su descubrimiento: Cecilia es definida como “su instructora”; su docilidad al reclamo de Emmy de N., le valió el hallazgo un nuevo modo de hablar, la asociación libre.

Freud pasó mucho tiempo escuchando estos “piquitos de oro” y de ello “resultó algo paradójico, una lectura; él pudo leer allí el inconsciente, algo que pudo construir precisamente por estar afectado por aquello que le contaban”. Pero escucharlas no significa creerlas, una diferencia que supuso un auténtico vuelco en la travesía de su “autoanálisis”, confesado a su amigo Fliess como el desvelamiento de un “gran secreto”: “Ya no creo más en mi ‘neurótica’”.

El descrédito del valor hasta entonces conferido al trauma de seducción en la etiología de los síntomas, en lugar de decepcionarlo y empujarlo a abandonar le impulsó a dar un paso adelante en la invención del psicoanálisis, propiciando el abandono del método catártico que propendía a la “abreacción” de dicho trauma.

Al cernir este elemento estructural, lo imposible de ser recordado, la “brecha psíquica”, Freud pudo captar una falla que parasita la sexualidad humana y “que no se traduce ni en el más confuso estado delirante.” Percatándose de la acción de Otra causalidad, una dimensión de alteridad opaca que se agita en nuestra intimidad inventó una vía para su subjetivación en la palabra, allí donde se demuestra que “la verdad tiene estructura de ficción”: si el fantasma de seducción aparecía con regularidad en el discurso histérico se debía al lugar que ocupa como causa de la modalidad del deseo, esto es, la insatisfacción, aunque el malogro del goce también pudo verificarse en la neurosis obsesiva, en ese caso derivado de la experiencia infantil de

un exceso de placer. Defecto o desmesura, la versión neurótica de estos desórdenes libidinales abría las puertas a la exploración de tal humana calamidad: "...lo sexual está por todas partes excepto en lo genital, siempre fuera de lo que acaba en la reproducción". Vinculado a huellas traumáticas en el cuerpo, el "factor infantil" -como le llamaba Freud- imprime una exigencia imposible de desatender sino al precio de la angustia, y su imperio se revela inadecuado para establecer una relación armónica entre los sexos.

De ahí en adelante, Freud dedicará sus esfuerzos a avanzar en la experiencia y a construir el edificio conceptual que hiciera posible atrapar la complejidad de su lógica, con el propósito de conseguir operar sobre ese hasta entonces "inexplorado fragmento de la Naturaleza", según lo expresa a Fliess en su correspondencia.

Puntuaciones

En un recorrido tan vasto como el de la obra de Freud, podemos hacer una mínima puntuación, considerando como momento inaugural el mencionado anteriormente, que dio paso a la deducción de la matriz edípica del deseo humano una vez abandonada la teoría traumática en favor de la represión: el acto psíquico "equivalente a un juicio que rechaza y escoge".

Cabe situar una segunda escansión en "Tres ensayos de teoría sexual": cada uno de ellos incluye una innovación absoluta en las concepciones pergeñadas hasta el momento respecto al deseo y la satisfacción; uno, la despatologización de la homosexualidad; dos, el descubrimiento de la sexualidad infantil, -que ocasiona la división de la sexualidad humana en dos fases- y tres, la metamorfosis de la pubertad -planteada como el atravesamiento de un túnel que concluye en el hallazgo de

objeto y que Freud postula como un reencuentro, como una repetición de una condición inconsciente fraguada en los primeros años de la vida.

Como tercer hito ubicamos el descubrimiento del narcisismo, considerado por Lacan como el segundo en importancia luego del inconsciente y que anuncia una reconfiguración de la teoría de la libido a partir de las enseñanzas obtenidas en el campo clínico de las psicosis. En ese marco reconoce la incidencia de un narcisismo del deseo, específicamente femenino, que otorga una nota peculiar a la relación de las mujeres con la imagen.

Si trazamos un camino hacia “el vuelco de los años 20” encontramos, como cuarta escansión la deducción de la lógica fálica y la castración en la que se distribuye la diferencia de los sexos según la respuesta subjetiva a “la premisa universal del falo”.

La reacción a la percepción de los genitales es neta: la niña toma una decisión, lo quiere dando lugar a la envidia fálica *par excellence* femenina, afirma Freud. El niño, por su parte, se muestra incrédulo ante la castración y se inclina a pensar que allí donde falta, estuvo o crecerá preso en “la angustia del propietario”, como señala Jacques-Alain Miller.

Lacan supo leer la lógica allí donde el imperio de lo imaginario ocultaba su dimensión simbólica: el falo es un significante y no “pertenece” al sexo masculino, como lo demuestra que haya sido indagando en la impronta del deseo de la madre donde el psicoanálisis ha descubierto “la verdadera naturaleza del falo”, en la falta de pene de la madre, donde arraiga “[...] la fuerza negativa del falo femenino”. Un avance en la elucidación de la estructura permite trazar un “hilo rojo” hacia un quinto punto, constituido por la nueva formulación de la dualidad pulsional (Eros y Tanathos) y hacia el interrogante por la sexualidad femenina. Precisamente de esta última época data el último gran historial clínico freudiano, el de la joven homosexual, en donde encontramos formulaciones cruciales

respecto al tema que nos ocupa. Refiriéndose a la bisexualidad constitutiva del ser humano, causa de la imposibilidad de acceso a una identidad sexual absoluta, Freud subraya que en lo relativo a homosexualidad la clave debe buscarse en la posición subjetiva –el “carácter sexual”– y que la inclinación por uno u otro sexo es el resultado de una limitación más que de una disyuntiva.

No podemos contemplar estos hallazgos como una conclusión sino como un relanzamiento dado que se inaugura en esta época el llamado “debate de los años 30” sobre la sexualidad femenina que Freud propició reclamando la participación de las mujeres analistas.

A esto vendrá añadirse el *impasse* formulado en “Análisis terminable e interminable”, la “roca viva” donde tropieza el final de la experiencia analítica y que se traduce como un repudio a la feminidad en ambos sexos.

A lo largo de ese recorrido orientado por la clínica, la elaboración freudiana respecto a la sexualidad ha logrado cernir, en la forma de dos interrogantes el misterio del lenguaje, asociado a los nombres sin una referencia precisa, o que más bien revelan un vacío de referencia: ¿Qué es un padre? ¿Qué quiere una mujer? Dos preguntas suscitadas por el hueco al que se enfrenta todo ser hablante al llevar a cabo su individual y clandestina pesquisa; que Freud nombró “investigación sexual infantil”, condenada inevitablemente al fracaso, el cual, aunque típico, no es igual para todos: “No siendo satisfactorio para todos [...] si eso se malogra es para cada uno”.

El acontecimiento Lacan

Pero el surco abierto por Freud se vería trágicamente interrumpido por “los enemigos del género humano” obligando al propio Freud y a los analistas freudianos a

emigrar a otras tierras en una diáspora que terminaría afectando negativamente a la práctica y a la doctrina.

Felizmente en la época de entreguerras el polen psicoanalítico había llegado a diseminarse por Europa, y Lacan, joven psiquiatra, supo hacerlo germinar en la lengua francesa, tomando a su cargo la transmisión del mensaje freudiano.

Más tarde asumiría la disciplina semanal de su Seminario durante casi treinta años, destilando una lenta y rigurosa traducción de la obra freudiana; primero, en los términos suministrados por la lingüística y la teoría de la comunicación, así como la genial lectura del narcisismo con la dialéctica del amo y el esclavo en el marco conceptual que ofrecía la distinción de los tres registros, simbólico, imaginario y real. Se inauguraba así la época lacaniana del psicoanálisis en la que, cumpliendo el designio de Freud, Lacan tomó a su cargo los *impasses* de la experiencia, siendo de los más importantes, sin duda, el relativo a la sexualidad femenina.

Uno de sus aportes fundamentales ha sido la postulación del falo como un significante y de esta consideración se desprenden una variedad de significaciones según se acentúe su función como significante de la vida, del poder, del deseo o de la satisfacción.

Tal distinción ha permitido esclarecer confusiones ocasionadas por lecturas apresuradas, sesgadas o simplemente derivadas de otros discursos donde se considera el falo como equivalente del pene o como un mero símbolo de poder.

La diversificación de la función del falo orientando el deseo y la satisfacción dio lugar a una primera y sustancial lectura de la diferencia sexual y a precisar el valor del *partenaire* según se trate del amor, del deseo o de las pulsiones.

Una primera divisoria de aguas en lo relativo a las posiciones femenina y viril gira en torno a la alternativa: ser

o tener el falo; merced a la cual él porta en su cuerpo el órgano de la cópula sexual y ella da cuerpo al objeto del deseo, pudiendo encarnarlo en la danza de la seducción. Entonces, más precisamente, uno sostiene el semblante de tenerlo, la otra sostiene el de serlo; ninguno puede obtener, sin embargo, la certeza de su identidad sexual en el encuentro entre los cuerpos.

El psicoanálisis, al revelar el impacto a la vez que la artificialidad de las identificaciones sexuales está en el origen del cuestionamiento de la sexualidad biológica que ha dado lugar a las teorías de género. Con la salvedad de que dichas teorías encallan en una promesa de libertad de elección ignorando que ésta no es el producto de una deliberación y atañe pues, a lo real de cada uno, más allá del género y de la biología.

Lacan precisa que la diferencia castrado/no castrado proviene del error común, natural que condiciona el lenguaje al permitir sólo la distinción presencia-ausencia: aquí hay, aquí no hay. En cambio, lo que denomina error lógico en la lectura de la diferencia sexual, se deriva de interpretar la satisfacción femenina a partir de un solo registro, el simbólico, pretendiendo coordinar su libido al falo, el único símbolo del goce sexual.

El intercambio que Lacan mantuvo con algunas feministas durante los años 70 fue muy instructivo en tal sentido, llegando a enunciar que no obligaría a las mujeres a ajustarse, en tanto seres sexuados al molde de la castración y al monopolio del falo.

En rigor, la lógica impide concebir el conjunto de las mujeres, no es posible formular de ellas un universal y por eso Lacan las nombra “no-todas.” Implica una precisión fundamental en lo relativo al goce, ellas experimentan una satisfacción que excede aquella centrada en el falo y que concierne a otro registro, a lo real.

Una consecuencia palpable de este hecho de estructura es la variedad de feminismos que florecen en el panorama

contemporáneo. Si se intenta disminuir esa pluralidad, es al precio de un universal fácil o débil como lo plantea Jessa Crispin, quedando reducido a consignas o a monsergas cuya incidencia es más que insuficiente respecto a los cambios que se pretende motivar.

Por lo tanto, es de sumo interés llevar a cabo un análisis crítico de las propuestas de distintas autoras feministas para medir el precio que supone la forclusión de Freud en sus análisis y proposiciones. En esta ocasión he escogido dos teorías que parten de supuestos situados en las antípodas, pero acaban propugnando una solución similar para intentar resolver la querrela entre los sexos.

La teoría King Kong y la revolución feminista

El libro de Virginie Despentes, oscila entre soflama y testimonio, entre análisis crítico y arrebatado indignado y pasional. Lo más destacado es su toma de posición desde la perspectiva de la lucha de clases, pronunciándose en favor de un feminismo “proletario”, a partir de una valoración precisa de las nefastas consecuencias del capitalismo para ambos sexos y alertando sobre lo que considera el riesgo de una pendiente “regresiva” al totalitarismo. Aunque en su explicación no logra desentrañar las razones estructurales de tal estado de cosas, es cuanto menos sugerente que privilegie, entre los efectos ominosos del sistema, “el mito de la maternidad como culmen de la realización femenina en su aspecto más glorificado.” Descubre la maniobra artera que oculta semejante señuelo: “Sin niños la alegría femenina no existe, pero [se silencia el hecho de que] criar a los niños en condiciones decentes es casi imposible”.

Evidentemente, se refiere a la precariedad reinante en el mundo laboral con su corolario de injusticias y carencias.

Pero más allá del aspecto laboral y económico, Desportes constata que “la maternidad es el dominio en el cual el poder de la mujer se ha intensificado más. La mamá sabe lo que es bueno para su hijo, nos lo repiten de todas las maneras posibles, en ella reside intrínsecamente ese asombroso poder”. No podemos sino estar de acuerdo con esta afirmación, la suposición del saber absoluto le otorga el poder a quien se ve llevado a encarnar el Otro primordial al que el *infans* está inexorablemente sujeto en los primeros años de la vida. Freud lo llamó “complejo del semejante” situando allí el origen de la moral. Lacan siguió esa estela, al poner los puntos sobre las íes y revolverse contra lo que denominó la “aplastante superioridad del adulto sobre el niño”, acentuada por el desamparo irremediable que experimenta el ser humano durante los primeros años de la vida.

Bastaría recorrer las clases en las que trabaja el caso Juanito del *Seminario 4* dedicado a Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas para acceder a la matriz lógica de las estructuras clínicas, organizada en torno a la dificultad del niño para hacer frente al capricho materno, su imposibilidad de salir del universo de la seducción que esta situación le impone al enlazarlo, a través del amor, a su inevitable hechizo; con la consecuente necesidad de encontrar una salida al triángulo que forma el niño con el falo y la madre. La función del Nombre-del-Padre venía a funcionar como el cuarto elemento destinado a ofrecer un apoyo para resolver esta inevitable encrucijada existencial facilitando la separación de niño del imperio materno y la clave de su inserción simbólica “fuera de la familia”. Pero en el siglo XXI ya no es el padre edípico, -el que la tradición judeo-cristiana nos enseñó a nombrar como Nombre-del-Padre- el operador de dicho enclave de la identificación simbólica para el sujeto.

Atenta a sus efectos aún sin alcanzar a formular una explicación, Desportes formula su punzante denuncia del

mito de la madre como la “réplica doméstica de lo que se organiza colectivamente a partir de un Estado siempre vigilante que sabe mejor que nosotros lo que debemos comer, beber, fumar, ingerir, lo que podemos ver, leer, comprender, cómo debemos desplazarnos, gastar nuestro dinero, distraernos”. Entre los efectos del declive del Nombre-del-Padre en su dimensión social, pone como ejemplo el reclamo, por parte del gobierno, de la presencia del ejército en los conflictivos barrios periféricos franceses. En ese caso, afirma, el gobierno no introduce una figura viril de la ley en el dominio de la infancia, sino que se trata de la prolongación del poder absoluto de la madre: “Solo ella sabe castigar, controlar y mantener a los niños en un estado de crianza prolongada. Un Estado que se proyecta como madre todopoderosa es un Estado fascista”.

Despentes intenta prevenir los peligros de tal dictadura sobre los ciudadanos, pero no desarrolla ninguna tesis sobre la causa de tal situación; a la mera descripción de semejante abusos le añade una advertencia: el riesgo de que la sociedad vuelva atrás, “hacia estados de organización colectiva que infantilizan al individuo”.

En este punto se advierte su dificultad para situar correctamente las causas del desorden del siglo XXI que Jacques-Alain Miller desarrolló en su conferencia “Una fantasía” cuando caracterizó el momento actual de la civilización como determinado por el declive del Nombre-del-Padre y el “ascenso al cénit del objeto a”, bajo la forma de una producción ilimitada de objetos que capturan el goce pulsional asexual.

Amén del interés que reviste su defensa de la prostitución y del porno razonada a partir de sus experiencias personales, la ficción que da lugar a su teoría King Kong, es elaborada a partir de un *remake* de la famosa película. Pergeña una relación entre los sexos limpia de toda determinación de género, un vínculo “natural y tierno” que pudiera eliminar la diferencia sexual y el malestar derivado

de la imposibilidad de encontrar la divina proporción entre los goces. En una particular banda de Moebius, el sentido sexual como la clave de su interpretación del mundo se vuelve ausencia de sexualidad en la utopía revolucionaria del feminismo de Despentes.

Ella declara sin tapujos que todo lo que la ha salvado en la vida lo debe a su virilidad. Aunque el universal viril tiene una sola carencia según ella, las mujeres pueden apropiarse del mundo masculino, excepto de la violación. Por eso pregona la necesidad de estar preparadas como guerrilleras para afrontar esa eventualidad inevitable cuando se nace en un cuerpo femenino.

A pesar de su expresa intención de respetar lo que podrían desear las demás mujeres, se detecta el radical rechazo de la femineidad; en la eliminación del enigma, del pudor exquisitamente femenino, de la vergüenza como barrera cultural, del pudor como un velo a la obscenidad del goce. Enarbolando la bandera de la transparencia, en un lenguaje impúdico que no se detiene ante nada en su afán de liberar a las mujeres del yugo del silencio, Virginie Despentes ha conseguido, quién lo dudaría, hacerse un nombre como escritora y cineasta. Cabe preguntarse sobre los riesgos que conllevaría aplicar su autotratamiento de los traumas a otras personas. En efecto, una experiencia singular, por más exitosa que haya resultado no puede sustituir la clínica, que exige la consideración ética de la singularidad.

Jessa Crispin y su crítica al feminismo

Cuando leí por primera vez una entrevista a Jessa Crispin me impactó, entre otras cosas, su ácido sentido del humor, su lengua afilada para cantar cuatro verdades sobre ciertos usos y abusos por parte de algunas voces formando parte del movimiento reconocido como “tercera ola del

feminismo". Viniendo de una reconocida activista, me resultaba esperanzador que Crispin se revoliera, por ejemplo, contra el término "empoderamiento" malsonante e inexacto: que las mujeres vayan conquistando el lugar que les corresponde en este mundo, merecería haber encontrado un verbo más justo y más pulido. No sólo eso, advierte que el empoderamiento comporta un factor ansiógeno que cultiva una mentalidad de comparación constante, un proceso de valoración destinado a proponer como meta de realización personal la corrección de los defectos y puntos débiles. No casualmente se refiere a la imagen corporal y a la calidad de la vida sexual como los ideales de conquista personal.

En lugar de proclamar un feminismo de masas, el cual, como nebulosa informe se alimenta de fáciles consignas, Crispin toma posición por las mujeres una por una, destacando la singularidad de sus biografías, de sus luchas, de sus obras. Ello supone trabajar, leer, interesarse por aquellas que nos han precedido o alcanzan notoriedad actualmente. Significa plantarse y exigir una posición argumentada y analítica. En definitiva, renunciar a la pereza intelectual.

Se manifiesta muy crítica con el feminismo "de márketing" que lo convierte en "tendencia" motivando que cualquiera puede portar la etiqueta sin llevar a cabo "una verdadera adaptación política, personal o relacional".

En realidad, lo que Crispin rechaza es el feminismo capitalista, un producto más de consumo, elaborado con astucia por el poder para perpetuarse y extender el alcance de sus perversas estrategias; por eso no es de extrañar que muchas mujeres ofrezcan un "respaldo colectivo a ciertas políticas [...] que obedece casi por entero al hecho de compartir género con ellas". El freno a toda crítica cuando de tales acciones se deriven injusticias, incluso guerras proviene del uso artero de la sensibilidad femenina hacia la

paz, la justicia y la verdad, “cualidades de género innatas” que considera características de una “feminidad tóxica”.

Su crítica al aclamado “empoderamiento” de las mujeres basado en la identificación con un grupo a partir de la oposición y el rechazo al otro, en este caso, los hombres, describe el carácter más simple y pasional de la identificación imaginaria, de lamentable efecto en las relaciones individuales pero que también afecta a vastas comunidades y que Freud describió como “narcisismo de las pequeñas diferencias”. Para ilustrarlo refiere – ¡nada menos! – el ejemplo de Estados Unidos “[...] para sentirse fuerte e importante, tiene que ver una Europa débil e insignificante”. A juzgar por la conducta de su actual presidente, no podemos menos que darle la razón.

Crispin detecta claramente “algo oscuro en la reivindicación feminista.” En su pesquisa parte de la mera oposición fuerte-débil en la relación entre los sexos: “para oprimirnos (a las mujeres) tuvieron que deshumanizarnos”, lo que justificaría hacer lo propio con ellos. (Los hombres). Baluartes de la venganza, imponiendo castigos, el abuso de la condición de víctimas que entroniza a los hombres como monstruos, se convierte en la coartada, en el escudo, evitando así a las mujeres tener que preguntarse por su cuota de responsabilidad en el malestar que experimentan. Además del goce que les suministra la venganza, la ira desatada del feminismo justiciero como el que parece imponerse en el mundo editorial que, por cierto, Crispin conoce tan bien. El lenguaje del poder, tan común en el feminismo contemporáneo, es revelador, en su opinión, de una impotencia; proviene del intento de inclusión en el sistema y de aceptación de sus valores, de “lo que nos han enseñado a desear”; y menciona, como si se tratara de bienes comparables, el dinero, la familia nuclear y la pareja. Frente a lo cual aboga por un empoderamiento “real” que debería acompañarse de un cuestionamiento de los deseos y definiciones de felicidad de las mujeres.

Ante el contagio de estas actitudes odiosas, iracundas, vengativas, Crispin propone examinar las trampas que nos eximen del autoexamen, impulsando a las mujeres a detectar el auténtico origen de la hostilidad. Esto permitiría socavar su poder (el de las actitudes citadas) por medio de la educación animando al consumo de “cultura producida por otros grupos, practicando la empatía”. Cautiva en la dichosa empatía, deriva contemporánea y edulcorada del principio cristiano “ama a tu prójimo como a ti mismo” frente al que Freud manifiesta su justificada rebelión, Crispin piensa que comprender las debilidades propias puede contribuir a desactivar el núcleo funesto de los estereotipos desencadenantes de la misoginia, el racismo y la homofobia.

La crítica al amor romántico y la desestimación de la importancia que las mujeres le confieren, así como a los cánones de belleza que ellas asumen, supone una ignorancia decidida respecto al valor subjetivo que tiene para las mujeres el hecho de ser amadas, y la importancia que cobra la imagen como solución al modo en que la mujer experimenta la castración. Para cambiar esas dependencias, propone elaborar alternativas destinadas a “dotar sus vidas de significado y valor”, pudiendo así independizarse de la mirada masculina, entendiendo que ésta tiene un valor sólo negativo y enajenante, dejando de lado su función libidinal en el amor y el deseo.

Tal es su esperanza, la liberación del deseo del Otro; cortar los hilos que tejen la relación entre los sexos parece ser la única emancipación posible. Pero, nos preguntamos, ¿por qué sería incompatible la realización personal en su dimensión profesional con el hecho de ofrecerse como causa del deseo de un hombre?

En la página siguiente a su proclama libertaria Crispin se ve obligada a reconocer que, en cuanto al amor y al matrimonio, la respuesta feminista ha fracasado. Y, seguidamente, admitir con honestidad que, en este asunto,

ella misma tiene más preguntas que respuestas. Deja entrever un reconocimiento de la cuota de responsabilidad de las mujeres respecto al conflicto con los hombres, que gira en torno al intento de dominación: “Por alguna razón creemos saber mejor que ellos qué es lo que necesitan [...], así que convenciéndolos les estamos haciendo un regalo. [...] queremos que piensen como nosotras, que acepten que tenemos razón [...] intentamos dirigirlos”.

Sin embargo, su libro finaliza con una expresión de deseos bastante *naïf*: reclama el activismo, la toma de consciencia del poder de las mujeres, animando a realizar el esfuerzo de imaginación necesario para concebir “una visión del mundo radicalmente nueva”, que redundaría en una fraternidad entre ambos sexos una vez superado el enfrentamiento, reconocida su común responsabilidad, y unidos en la labor cívica por honestos sentimientos de humanidad. En resumen, una pastoral reñida con el planteamiento inteligente que puso en marcha su *Manifiesto*.

Perspectivas

Jessa Crispin y Virginie Despentes, ambas de singular inteligencia y lucidez, forman parte de una serie de autoras que nos brindan una excelente ilustración de los impasses, contradicciones y callejones sin salida en los que se incurre intentando prescindir del saber psicoanalítico cuando de féminas se trata.

En mi opinión el diálogo entre distintos movimientos feministas y el psicoanálisis es deseable y necesario, aunque sólo promete ser fructífero si aceptamos confluir en una articulación estratégica y política en lo relativo al sufrimiento de las mujeres, respecto a ciertos temas o aspectos en los que podemos colaborar, es decir, si nos planteamos un marco de actuación ilustrado y coherente.